

Elogio de la cobardía

JOSEP M. SÒRIA

Matar a un hombre porque su opinión es contradictoria con la nuestra es una bestialidad. Es retroceder hasta nuestros ancestros. Si la sociedad avanza es, entre otras cosas, porque aprendimos a sustituir el garrotazo por la palabra y la guerra por la confrontación dialéctica; porque hemos acotado como único campo de batalla el parlamento que sale de las urnas y con la sola arma del razonamiento.

Y si hemos llegado hasta donde estamos es también porque, antes que nosotros, hubo quien con gran esfuerzo y no poca incompreensión supo blandir la inteligencia y reprimirse la fuerza. Fue, probablemente, el primer acto cobarde de la historia, la primera piedra del progreso de la razón, el primer atajo inteligente de la historia. Y es ésta, sin duda, una de las principales herencias que hemos recibido, un legado en riesgo constante de echarse a perder.

La historia de la civilización está repleta de avances y retrocesos, en vaivén inevitable. Son innumerables las circunstancias por las que se pierde la razón, casi siempre por no aceptar cuanto hay para reflexionar. Uno pierde su capacidad más exquisita por no saberse manejar adecuadamente con la inteligencia y dejarse llevar por la intuición. Es fácil percatarse de ello. Se advierte cuando nuestras apelaciones a la entraña se hacen como un medio para valorar cuanto ocurre. A partir de ahí todo se confunde. Empieza uno por tomar por razonable lo valiente; después, se exalta lo heroico y, finalmente, se termina por considerar la fuerza como el motor principal y único de nuestra actuación. Señal evidente, entonces, de que andamos perdidos.

Así han surgido todos los fascismos que en la historia ha habido. Cuando se ha perdido la razón colectiva por haberse dejado arrebatar por la agalla. Presos de la intolerancia, volver al punto de partida se convierte en una tarea ardua, larga, difícil. Eso le pasó la noche del asesinato de Ordóñez a Andoni, un comunicante del programa de Gemma Nierga, en la Ser, que declaró "haber estado cerca de la conversaciones de Argel". ("Me duele, te juro que me duele con toda mi alma", "es muy duro que la gente muera por sus ideas, pero a veces te obligan a eso"), Andoni sólo pudo esgrimir como argumento de los asesinatos de ETA que "los otros también matan".

Desde el punto de vista de la razón, tan difícil es el papel del tirano como el de la víctima, porque en este segundo caso la pérdida de la razón le abisma más en la opresión. Y así, cada vez que alguien cae bestialmente asesinado por causa de sus ideas, hay quien toma las apelaciones a la sensatez como una pusilanimidad, un elogio a la cobardía. Y, sin embargo, son el único camino de ganar la batalla. El camino más rápido para ganar la paz. ●